

CAPITULO VI.

ASALTO GENERAL A LA CIUDAD.—DERROTA DE LOS ESPAÑOLES.—SU ANGUSTIADA SITUACION.—SACRIFICIO DE LOS PRISIONEROS.—DEFECCION DE LOS ALIADOS.—CONSTANCIA DE LAS TROPAS.

(1521.)

La hambre seguía asolando la ciudad sitiada. Parecía seguro que estrechando el cerco, debía capitular la población, sin necesidad de hacer armas contra ella. Pero esto requería tiempo, y los españoles aunque duros y constantes por naturaleza, ya comenzaban á impacientarse de pasar trabajos casi iguales á los de los sitiados, y aun bajo ciertos respectos aun mayores, pues ellos vivían al raso, expuestos al frío, á los vientos y á las lluvias que cayendo en abundancia en aquella estación, los ponían en el último extremo de la angustia. En tal estado, muchos había que por abreviar sus padeci-

mientos, habrían querido de buena gana aventurarse á tomar la ciudad por un golpe de mano. Otros opinaban que lo mejor sería coger el mercado de Tlaltlilolco, el cual por estar situado á la parte N. O. de la ciudad, ofrecía medios fáciles de comunicación con los campos de Sandoval y de Alvarado. Aquel lugar cercado de pórticos numerosos prestaría cómodo alojamiento para un ejército numeroso, y una vez establecidos los españoles dentro de la ciudad les sería más fácil dar el golpe, que no permaneciendo lejos de ella.

Estos razonamientos eran los de varios oficiales, entre ellos Alderete, el tesorero de la corona, persona de mucha consideración no solo por su rango, sino por su capacidad y celo en el buen servicio. Cortés, acaeciéndose á los deseos de este oficial, convocó un consejo de guerra y sometió el asunto á su deliberación. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por todos los hidalgos valerosos, los cuales deseaban con ansia poner pronto término á aquella vida cansada y trabajosa; y Cortés, creyendo más prudente adoptar el camino acaso menos conveniente, que sujetar al ejército á que le obedeciese con repugnancia, se dejó arrastrar por la opinión general ¹.

1 Tal es la relación que esplicitamente dá Cortés al Emperador (Relac. Terc., pág. 264.) Bernal Diaz dice, por el co

Señalóse día para el asalto, que debía darse simultáneamente por las divisiones de Alvarado y del general en jefe. Sandoval recibió la orden de traer la mayor parte de su fuerza á la calzada del Norte y reunirse con Alvarado, y de enviar á Cortés setenta hombres con picas.

El día señalado, despues de la acostumbrada ceremonia de la misa, se pusieron en marcha las dos divisiones contra la ciudad.¹ Además de los bergantines venian multitud de canoas destinadas á penetrar en los canales estrechos, é infinidad de indios aliados, que despues solo sirvieron de poner en confusion y estorbar los movimientos de los conquistadores. Pasados los suburbios se presentaban tres calles que conducian todas al gran mercado de Tlaltilolco. La principal, mucho mas ancha que las otras dos, merecia llamarse calzada mas bien que calle, pues tenia acequias por los dos lados. Cortés dividió su fuerza en tres trozos: uno de ellos lo con-

trario, que el general es quien concibió primero el asalto. (Hist. de la Conq., cap. 151. Pero este último escritor no tenia medios de saberlo y no es creible que Cortés hubiera incurrido en una falsedad palpable y fácil de desmentir.

1 El exacto cumplimiento con la ceremonia de la misa en medio de las lluvias y del trabajo incesante, ha merecido un elogio del editor de Cortés. "En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando día y noche, nunca se omitió la misa para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodaban las aguas del cielo, y encima del agua las habitaciones é ma as tiendas." Lorenzana, p. 266, nota.

fió á Alvarado, con órdenes de apoderarse de la calle principal; el segundo lo puso á las órdenes de Andres Tápia y Jorge de Alvarado, el primero, hombre de valor y capacidad, y el segundo, hermano menor de D. Pedro y dotado de esa intrepidez que pertenecia á toda su caballeresca familia. Esta segunda division debia entrar por una de las calles paralelas, mientras que el general, con la tercera division, debia ocupar la otra calle. Una partida de caballería con dos ó tres piezas de batalla, debia permanecer como cuerpo de reserva enfrente de la calle real de Tlacopan, que era el lugar de reunion señalado á las divisiones.¹

Cortés dió á sus tenientes la orden terminante de que no avanzasen ni un solo paso sin dejar antes completamente cubierta la retirada, llenando los fosos y cortaduras que hubiese en las calzadas. El descuido de Alvarado en hacer esto, habia ocasionado á su division pocos días antes tan serias consecuencias, que el general se dirigió á los cuarteles de aquel oficial con ánimo de reprenderle públicamente por haber desobedecido sus órdenes; pero

1 En la division del tesorero habia, segun la carta del general, 70 infantes, 7 ó 8 caballos y 15 ó 20,000 indios; en la de Tápia 80 infantes y 10,000 indios; y en la suya propia, 8 caballos, 160 infantes é infinito número de aliados. (Ibid, ubi supra). La vaguedad de estas espresiones prueba que en la aritmética de los conquistadores, eran cosa de poco monto, algunos miles de mas ó de menos.

cuando llegó á ellos, encontró que Alvarado habia de tal modo reparado su falta con la osadía y el valor, que la dura reprimenda, aunque bien merecida, se convirtió en una suave reconvencion.¹

Tomadas estas disposiciones, las tres divisiones se pusieron á un tiempo en marcha sobre la ciudad. Cortés, pié á tierra, iba á la vanguardia de su infantería. Los mexicanos retrocedieron al acercarse los castellanos, haciendo menos resistencia de lo que acostumbraban. Los españoles proseguian venciendo trincheras tras de trincheras, y llenando cuidadosamente con carrizos los fosos, para tener seguro tránsito por ellos. Las canoas protegian el ataque caminando por las acequias laterales y combatiendo con los enemigos. Finalmente, los innumerables tlaxcaltecas escalaban las casas y pasaban de la una á la otra, y arrojaban á sus defensores de las azoteas abajo. El enemigo cogido aparentemente de sorpresa, parecia que no resistiria ni por un momento la furia del ataque; y los cristianos alentados por los gritos de triunfo de sus compañeros de la otra calle, como que se daban prisa por llegar á la preparada red en que debian caer.

El general, atendida la felicidad de sus triunfos

¹ "Otro día de mañana acordé ir á su real para le reprender lo pasado. . . . Y visto no le imputé tanta culpa como al principio parecia tener, y platicado cerca de lo que debia de hacer, yo me volví á nuestro real aquel día." Ibid, págs. 263, 264.

llegó á desconfiar y á titubear sobre si seguiria internándose, pues temió que el plan del enemigo fuese dejarle penetrar hasta el corazon de la ciudad, y allí cercarle de todos lados. Recelaba igualmente de sus tenientes en el calor del alcance, hubiesen olvidado las precauciones que les habia prevenido, sobre que dejasen espedita la retirada. Por lo tanto hizo alto con su division para burlar las arterias de sus enemigos. Entre tanto, recibió de Alderete la comunicacion de que ya casi habia ganado la plaza del mercado; nueva que no hizo mas que agravar los temores que tenia Cortés de que hubiese descuidado de tomar algunas de las precauciones prescritas. Por lo tanto determinó ir él mismo en persona con una pequeña fuerza, á reconocer el camino por donde habia entrado el tesorero.

No habia todavía andado mucho cuando le detuvo un foso abierto, de diez á doce pasos de ancho, y por lo menos de dos estados de profundidad, por el cual comunicaban una con otra las dos acequias laterales. Habíase procurado, pero muy imperfectamente, llenar el foso con cañas; pero aquello apenas servia, y una que otra piedra y tronco disperso probaban que la obra habia sido abandonada tan pronto como comenzada.¹ Para colmo de affixion, observó el ge-

¹ "Y hallé que habian pasado una quebrada de la calle que ra de diez ó doce pasos de ancho; y el agua que por ella pasa-

neral que las dos riberas de la calzada habían sido socavadas cerca del foso, y á lo que parecía recientemente. Todo esto revelaba la astucia del enemigo, y dejaba poca duda de que el entusiasmo oficial había caído en la red que le habían tendido. Alarmado vivamente, determinó reparar en cuanto fuese posible aquella falta, y ordenó á su gente que se pusiese á llenar el abierto foso.

Pero apenas habían comenzado su tarea cuando oyeron á lo lejos el estrépito de una batalla, seguido de una espantable mezcla de aullidos y gritos de guerra, que parecía subir hasta los cielos. Siguióse un ruido confuso semejante al que hace un gentío que se mueve, cuyo rumor siempre creciente probaba que había cambiado el lugar del combate y que el enemigo se encaminaba adonde estaba Cortés y su puñado de compañeros.

Sus conjeturas resultaron ciertas. Alderete había engolfádose en el alcance de los aztecas con un ardor que aumentaba á cada paso. Había salvado sin mucho trabajo las trincheras que defendían las cortaduras, y conforme las pasaba daba órdenes de que se las llenara; pero á los entusiasmados caballeros

ba era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que le pasaron habían echado en ella madera y cañas de carrizo, y como pasaban poco á poco y con tiento, no se había hundido la madera y cañas." *Ibid.*, pág. 268. Véase también á Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 48.

pareció innoble ocupacion detenerse en llenar fosos, mientras podían alcanzar laureles en el combate; así es que avanzaban sin detenerse y azuzándose los unos á los otros, para ser los primeros en llegar al mercado de Tlatilolco. De esta suerte lograron penetrar hasta el centro de la ciudad, cuando súbitamente se oyó la corneta de Cuauhtemotzin, el símbolo sagrado que solo sonaba en ocasiones de sumo peligro, y la cual dió un sonido largo y penetrante desde la cumbre del teocalli mayor al que ya estaban inmediatos los españoles. En un solo instante los fugitivos aztecas, ciegos y enfurecidos acudieron por todas partes, y arremetieron contra sus perseguidores. Al mismo tiempo infinidad de guerreros acudieron de las calles inmediatas, atacaron por el flanco á los españoles y llenaron el aire con gritos horribles y sobrehumanos que por un instante apagaron el ronco rumor que reinaba en las otras partes de la ciudad. ¹

¹ Gomara, *Crónica*, cap. 138. Ixtlilxochitl, *Venida de los españoles*, pág. 37. Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 26.

La corneta de Cuauhtemotzin resonaba todavía en los oídos de Bernal Díaz, muchos días después de la batalla. "Guatemuz y manda tocar su corneta que era una señal que cuando aquella se tocase, que habían de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre él, y retumbaba el sonido que se metía en los oídos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanes, saber yo qué decir ahora con qué razón y esfuerzo se metían entre nosotros á nos echar mano, es cosa de espanto." *Cap.* 152.

El ejército, cojido de sorpresa y cediendo al furibundo impulso del ataque, entró en el desorden. Amigos y contrarios, españoles é indios, todos quedaron revueltos formando la mezcla mas promiscua. Las espadas, lanzas y mazas se levantaban sin cesar en los aires: dábanse golpes á diestro y á siniestro: por huir, empujábanse los unos á los otros: cegados por la infinita multitud de proyectiles que les arrojan desde las azoteas huian dispersos sin saber hácia donde, ó caian sin saber la mano que los heria.

Los aztecas venian sobre ellos como un torrente que se precipita de una encumbrada eminencia, y se encaminaban en confuso tropel hácia el foso de cuyo otro lado estaba Cortés sobrecogido de horror al contemplar su ruina inminente. Las filas delanteras se arrojaron al agua; los unos se empujaban á los otros, éstos nadaban, aquellos se hundian, algunos saltaban sobre la muchedumbre de sus ya ahogados compañeros; muchos, en fin, al tratar de saltar á las resbaladizas riberas de la calzada, caian en el agua ó eran cogidos por los indios de las canoas, los cuales cooperaban á la derrota haciendo sobre los fugitivos recias descargas de saetas y javelinas.

Mientras, se mantenían firmes é intrépidos del otro lado del foso, Cortés y los que llevaba. "Y como el negocio fué tan de súbito, y ví que mataban

la gente, determiné de me quedar allí y morir peleando." ¹ Estendiendo los brazos á todas partes, procuraba salvar del naufragio ó del cautiverio á cuantos podia; pero en vano procuró infundir á los fugitivos presencia de espíritu y hacerles entrar en orden. Su persona era muy conocida de los aztecas, y además estaba en tal posicion, que servia de blanco á sus tiros: arrojábanle una granizada de piedras y saetas, que rebotaban en su acerado yelmo é impenetrable armadura. Por último, se oyó entre los enemigos el grito de Malintzin, Malintzin, y á un tiempo se arrojaron sobre él seis guerreros atléticos que hicieron un esfuerzo por arrastrarle á una canoa. En la refriega recibió en una pierna un golpe que le inutilizó, de suerte que ya no le quedaba esperanza, cuando acudió en su ayuda su fiel compañero Cristóbal de Olea, que viendo el peligro en que se hallaba el general, se arrojó sobre los bárbaros, trozó á uno de ellos un brazo de un solo tajo, y en seguida atravesó á otto con su espada: en ese instante llegaron un tal Lerma y un gefe tlaxcaltecatl que combatió sobre el postrado cuerpo de Cortés y despachó á otros tres aztecas mientras el

¹ "E como el negocio fué tan de súbito é ví que mataban tanta gente, determiné de me quedar allí é morir peleando." Relac. Terc. en Lorenzana, pág. 268.

heróico Olea pagaba cara su fidelidad, pues cayó herido de muerte al lado de su general. ¹

1 Ixtlilxochitl, que pretende hacer á su real pariente heredero forzoso de todos los hechos heróicos y hazañosos de la campaña, pondera sobremanera su mérito en la presente ocasion, y dice que en una de las puertas del monasterio de Tetzcooco hay una pintura que representa al gefe tetzcocano salvando la vida de Cortés. (Venida de los españoles, pág. 38.) Pero Camargo atribuye todo el mérito de esta accion á un tal Olea, fundándose en el testimonio de un famoso guerrero tlaxcaltecatl que se halló presente en la accion. y que se la contó. (Hist. de T axcallan.) Esto mismo sostiene resueltamente Bernal Diaz, quien paga á la memoria de su compatriota un tributo cordial, recomendándolo como á uno de los mejores y mas valientes soldados del ejército. (Hist. de la Conq., caps. 152, 204.) Saavedra, el poeta historiador, (mas historiador que poeta) el qual escribió antes de que todos los que hicieron la conouista hubiesen muerto, tambien da el laurel á Olea, cuyo destino recuerda en los siguientes versos, que pueden aspirar por lo menos á la fidelidad histórica.

«Túvole con las manos abrazado,
Y Francisco de Olea el valeroso,
Un valiente Español, y su criado,
Le tiró un tajo bravo y riguroso:
Las dos manos á cercen le ha cortado:
Y él le libró del trance trabajoso.
Huvo muy gran rumor, porque dezian,
Que ya en prision amarga le tenian.

«Llegaron otros Indios arriscados,
Y á Olea matáron en un punto.
Cercáron á Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto:
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano á la espada y daga junto.
Antonio de Quiñones llegó luego,
Capitan de la guardia ardiendo en fuego.
Peregrino Indiano, canto 20.

Esparcióse al punto por todo el ejército la noticia de que habian cogido á Cortés; sabido lo qual Quiñones el capitan de su guardia y otros varios hidalgos volaron á libertarle y lograron sacarle de las garras de sus enemigos que ya forcejeaban con él en el agua; pero sus libertadores tomándole en brazos le llegaron á poner otra vez en tierra. En el entre tanto habia conseguido abrirse paso por entre a multitud, un page que le traia un caballo en que se montase; pero el jóven recibió en el cuello una herida de javelina, que impidió su intento. Otro de sus pages, Guzman el camarista, fué mas afortunado; pero estando teniendo las riendas mientras á Cortés lo ponian en la silla, le cogieron los aztecas y con la rapidez del pensamiento lo arrastraron á una canoa. El general aun permanecia en aquel puesto que no queria abandonar mientras su presencia pudiese ser de algun provecho; pero el fiel Quiñones tomando de las riendas el caballo de Cortés, le hizo volver caras, diciendo: "la vida de mi general nos importa demasiado para que se la dejemos perder aquí." ¹

1 "E aquel capitan que estaba con el general, que se decia Antonio de Quiñones, djole: Vamos, señor, de aquí que salvemos vuestra persona, pues que ya esto está de manera que es morir desesperado atender; é sin vos ninguno de nosotros puede scapar, que no es esfuerzo, sino poquedad porfiar aquí otra cosa." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 26.

Peró no era pequeña empresa abrirse paso por entre la muchedumbre. El suelo de la calzada removido por los piés de los hombres y de los caballos se habia vuelto un fango y estaba tan quebrado en algunas partes, que el agua de la acequias rebozaba por encima. La muchedumbre en sus esfuerzos por salir de tan intrincada posicion, se mecía de aquí para allí como si formase un solo hombre. Los de los flancos, empujados por sus compañeros caian por las resbaladizas orillas de la calzada y eran recibidos en las canoas de los aztecas quienes celebraban con gritos de triunfo y alborozo su adquisicion de otra nueva víctima para el sacrificio. Dos hidalgos que iban á los lados del general, resbalaron y cayeron en el agua: uno de ellos fué cogido y su caballo fué muerto; el otro tuvo la fortuna de escapar. El valiente abanderado Corral tuvo tambien esta misma fortuna, pues cayó en el canal y los indios se fueron encima seguros de hacer presa; pero logró ganar tierra y saltar á ella, con la bandera de Castilla flotando sobre su cabeza. Los aztecas arrojaron un grito de rabia al ver que perdian un trofeo que para ellos tenia suma importancia, casi igual á la de la prision del mismo general en gefe. ¹

¹ Acaso será la misma bandera que cuenta Mr. Bulck que está guardada en el hospital de Jesus, donde dice que vió "el idéntico estandarte bordado, bajo el cual aquel gran capitán sojuz-

Por fin logró Cortés llegar á tierra firme y salir á la gran plaza en que termina la calle principal de Tlacopan. Allí consiguió, mediante un vivo fuego de artillería, reunir á sus dispersos escuadrones, y dando una carga á la cabeza del corto número de ginetes que no habian entrado en accion, rechazar á los indios. Entonces ordenó la retirada de las otras dos divisiones. Reuniéronse otra vez las fuerzas dispersas, y poniendo á los indios por delante y cubriendo la retaguardia con un selecto cuerpo de caballería, se efectuó aquella sin mas que una nueva pérdida muy insignificante. ¹

Andrés de Tápia habia sido enviado á la calzada del Poniente, á instruir á Sandeval y á Alvarado del malogro del asalto; pero en el entre tanto habian internándose mucho los dos capitanes. Alentados por los gritos de triunfo de los compañeros de las otras calles, habian acometido con vigor extraordinario por no quedarse atras en aquel camino de gloria. Casi habian llegado á la plaza del mercado, la cual estaba mas cerca de sus cuarteles que de los del ge-

gó el inmenso imperio del desventurado Motecuzuma." Seis Meses en México, vol. 1, cap. 10.

¹ Para lo relativo á esta catástrofe, consúltese además de la carta de Cortés, y de la His. de Diaz tantas veces citada; Sahagun, Hist. de la Nueva-España, MS. lib. 12, cap. 33. Camargo, Hist. de Taxcallan, MS. Gomara, Crónica, cap. 133. Torquemada. Monarq. Ind. lib. 4. cap. 94. Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, caps. 16 y 48.